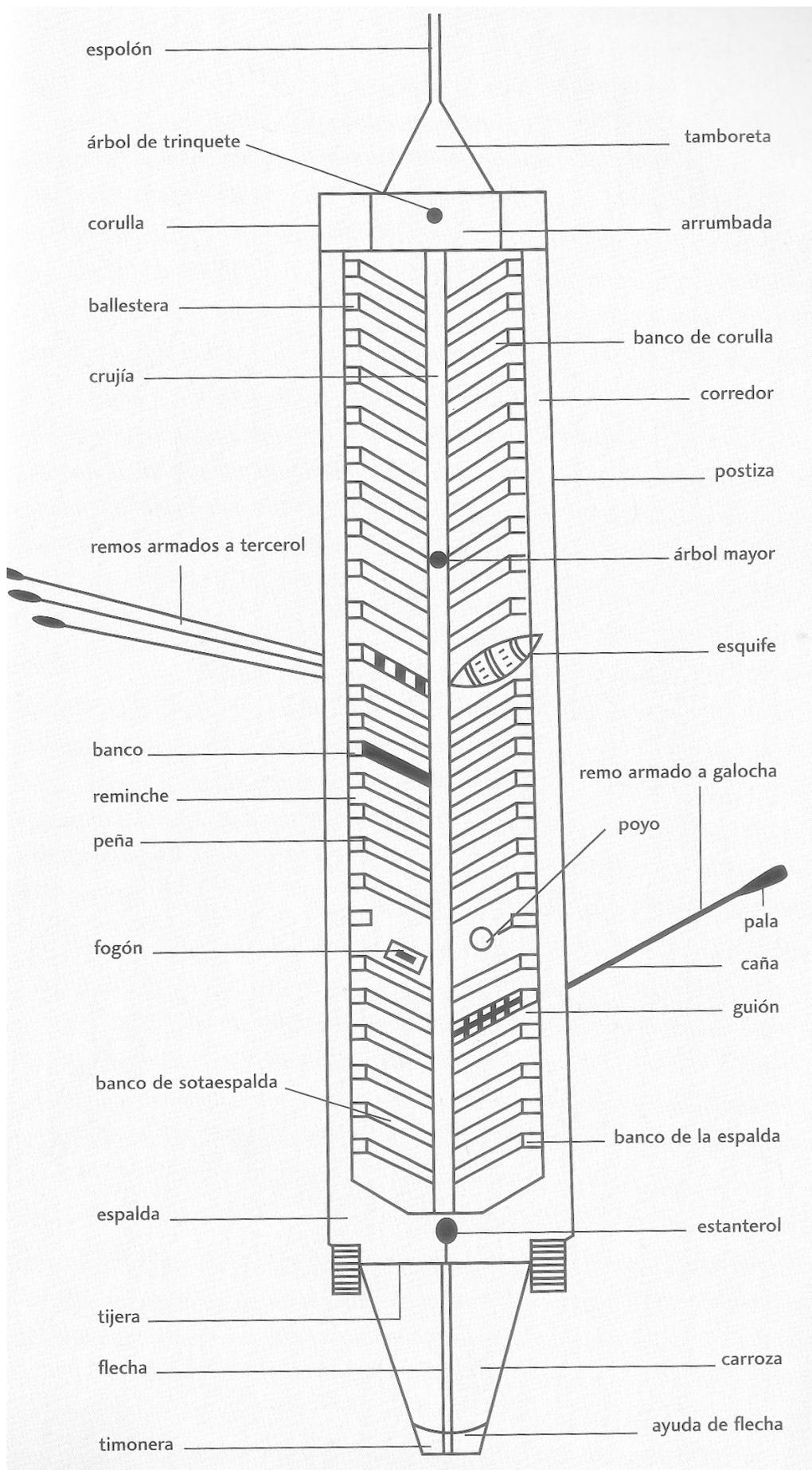


LA GALERA



El navío de guerra desarrollado por los griegos (la palabra galera procede del griego galaya, "pez espada") dominó el Mediterráneo en la Antigüedad y volvió a vivir una época dorada en el siglo de Alatríste.

La galera era estilizada y larga, con sólo una cubierta que constaba de un pasillo central, poco más de un metro, y dos fosos laterales en los que se instalaban los remeros.

En cada costado asomaba una fila de largos remos de madera de haya que, a vista de pájaro, le daba a la nave un aspecto de ciempiés.

Cada remo requería tres remeros, porto general forzados o esclavos encadenados al banco.

Los remos de las galeras eran enormes, de hasta 12 metros de longitud y 130 kilos de peso. Cuando soplabla viento favorable, la galera levantaba una o dos velas triangulares y los remeros podían descansar.

Los galeotes de las galeras turcas solían ser cautivos cristianos apresados por los piratas o prisioneros de guerra. Los de las galeras cristianas eran delincuentes condenados a trabajos forzados o prisioneros de guerra, todos pelados al cero (por razones higiénicas y para hacerlos fácilmente identificables en caso de fuga).

Los remeros forzados recibían el nombre genérico de chusma, pero entre ellos podía haber voluntarios o "buenas boyas" que remaban a cambio de un sueldo.

La dureza del trabajo de los galeotes, combinada con las precarias condiciones higiénicas en que vivían, explica que no llegaran a viejos. Era raro que un remero sobreviviera más de diez años en su oficio. Pasaban todo el día a la intemperie, vestidos de harapos pringosos, con frío o calor. "El sudor continuo que desprenden remando —leemos en un testimonio de la época—, y la falta de ropa, producen todo tipo de parásitos; a pesar de todos los intentos que se han hecho por limpiar las galeras, no se ha podido evitar que pululen los piojos y los chinches, que metiéndose en la ropa de los forzados, toman de noche el puesto de los verdugos que los matan a golpes durante el día [...] tienen la palma de la mano tan dura como la madera, a fuerza de remar".

Los galeotes dormían, comían y a menudo hacían sus necesidades en el propio banco. Por este motivo, las galeras apestaban.

De noche, con viento favorable, se las detectaba por el olfato a varios kilómetros de distancia.

Los oficiales de galeras, aunque rudos hombres de guerra, mitigaban el hedor que se colaba en sus camaretas quemando sustancias olorosas y respirando a través de pañuelos perfumados.

La ración diaria del galeote era bastante monótona, mitad de cuarto de potaje de habas o de garbanzos, un kilo de bizcocho (pan horneado dos veces para evitar que se endureciera) y unos dos litros de agua.

Los "buenos boyas" recibían, además, algo de tocino y un litro de vino. La dieta se mejoraba y aumentaba en vísperas de la batalla, cuando se les iba a exigir un esfuerzo suplementario.

En boga dura había que suministrar al remero por lo menos un litro de agua adicional para evitar que se deshidratara.

El ritmo de las bogas lo marcaba la trompeta o el tambor del cómitre, asistido por algunos vigilantes que recorrían la pasarela arreando latigazos a los remeros que flojeaban.

Como es natural, los cautivos odiaban a muerte a sus cómitres y oficiales, y si se presentaba la ocasión, se amotinaban y los asesinaban.



En las atarazanas de Barcelona existe una estupenda reproducción, a tamaño natural, de la galera de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.

GALEAZAS

La galeaza es un barco de vela y remo, más largo y de borda más ancha que la galera. La galeaza está a medio camino entre la galera y el navío de línea que sucederá al galeón en el siglo XVIII.

GALEOTAS Y FUSTAS

Las galeotas y las fustas son galeras muy ligeras, de uno o dos palos, con vela triangular y entre 16 y 20 remos por banda, cada uno impulsado por un único galeote.

FRAGATAS Y BERGANTINES

Las fragatas y bergantines son naves de pequeño calado propulsadas a vela, con dos o tres palos, que se usan para reconocimiento y comunicaciones.

“VIAJE A LOS ESCENARIOS DEL CAPITÁN ALATRISTE” de *Juan Eslava Galán*
Transfondo Histórico “La Galera” pag-202 a 205



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La galera de Lepanto

Pues ocurrió que el otro día, en Barcelona, el arriba firmante acababa de releer las últimas páginas de *El buen soldado*, de Ford Madox Ford. No tenía más libros a mano -estúpida imprevisión la mía-, así que, hecho polvo, huyendo del aburrimiento y la melancolía como el Ismael de *Moby Dick*, decidí buscar refugio en el mar y me fui Rambla abajo hasta las Atarazanas, para echarle un vistazo al Museo Naval.

No sé si conocen ustedes el museo de las Atarazanas. La Historia -creo haberlo escrito alguna vez- es la única clave que nos permite interpretar como hombres libres el presente, y cuando todo anda confuso alrededor, uno encuentra fuerzas, ánimo, aplomo para resistir, en sitios con viejas piedras y paisajes inmutables, en recintos como los museos y las bibliotecas. Lugares que no son simples estampas para fomentar el turismo y que las fotografíen ochocientos mil japoneses, sino memoria de los padres y de los abuelos, y de todas las generaciones que nos conformaron la memoria. Con esto quiero decir que cuando entro a un museo, sea español, francés, inglés o austríaco, no voy de visita, sino a mi casa. A buscar mis propias huellas en los objetos que han logrado salvarse del naufragio de los siglos. Soy europeo y mediterráneo, y eso hace que mi estirpe sea dilatada y rica, y que ninguno de los hechos que esas venerables salas albergan me sea ajeno. Nadie, por tanto, tiene derecho a pretender que me sienta extranjero; y mucho menos en un museo naval, cuando el mar es precisamente la más abierta y generosa de las patrias, la más solidaria, la que más une a los hombres de todas cuantas conozco.

Y sin embargo, los responsables de las Atarazanas de Barcelona han hecho todo lo posible por organizar un museo provinciano, paleta, exclusivo y excluyente, donde más que una generosa exposición de esa historia colectiva de que las piezas reunidas en ese museo forman parte -una historia, con lo bueno y con lo malo, que se llama historia de España- lo que hay es una oportunista y calculada selección de objetos ordenados con arreglo a un fin: el de convencer al visitante de la existencia de una historia naval catalana. Cuestión indiscutible, por otra parte, si la enmarcamos debidamente en una historia naval del reino de Aragón y su expansión mediterránea, y en la otra, la más

amplia historia naval española, que incluye honorables minucias como la circurnavegación del globo, la empresa de Inglaterra, el descubrimiento de América, el comercio con las Indias, Trafalgar, la lucha contra el turco y la batalla de Lepanto.

Pero resulta que no. Que a las autoridades de quienes depende el museo que, por instalaciones y fondos materiales, podría ser el más importante de España, lo que de verdad les interesa es que los visitantes puedan leer sólo en lengua catalana los rótulos explicativos de cada pieza expuesta. O que cuando se hable de la hazaña almogávar en Bizancio se aluda a ésta como empresa catalana. O que las tres cuartas partes del espacio histórico consistan en una plúmbea exposición a base de fotografías y antiguos registros comerciales sobre temas tan apasionantes como la exportación de los paños de Tarrasa en el delta del Po, el viaje que hizo Jordi Borafull comerciante del Bajo Llobregat, a Túnez para comprar una tonelada de dátiles, o cuántas sardinas pescaban al mes los llaúdes catalanes construidos en Mallorca o Valencia. Todo eso rotulado como: La apoteosis comercial catalana en el Mediterráneo, o La gesta ultramarina catalana en su clímax naval, y cosas así. Y en un museo marítimo que forma parte de un país que tuvo a Juan Sebastián Elcano, los Pinzones, Churruca, Gravina, Juan de Austria, Malaspina y unos cuantos más, el único personaje del que recuerdo haber visto objetos personales, es el general Prim. Que no fue marino, pero era de Reus. Sin embargo, lo más insufrible es ver la pieza maestra del museo: la Galera Real que mandó don Juan de Austria en Lepanto, privada de su contexto, huérfana de todas las connotaciones históricas que podrían enriquecer su presencia impresionante, que tantos recuerdos suscita. Entre muchos otros, el de un pobre y oscuro soldado que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, que navegó junto a ella y peleó a su vista, perdiendo un brazo, en la más alta ocasión que vieron los siglos.

¿Saben lo que les digo? Si del arriba firmante dependiera, con mucho gusto cambiaría los disputados archivos de Salamanca por la vieja y querida Galera Real, para llevármela a otro sitio. A cualquier lugar donde ni a ella ni a mí, ni al mar que navegó y que también era el mío, nos deshonren la memoria.



Patente de corso por Arturo Pérez-Reverte

Frailes de armas tomar

de vez en cuando me doy una vuelta por los viejos avisos y relaciones del siglo XVII, aquellas cartas u hojas impresas que, en la época, hacían a veces de periódicos, contando sucesos, hechos bélicos, noticias de la corte y cosas así. Con el tiempo he tenido la suerte de reunir una buena provisión en diversos formatos, y algunas tardes, sobre todo cuando tengo un episodio de Alariste en perspectiva, suelo darles un repaso para coger tono y ambiente. Su lectura es sugestiva, a veces también desoladora —comprendes que ciertas cosas no han cambiado en cuatro siglos—, y en ocasiones muy divertida. Ése es el caso de una relación con la que di ayer. Está fechada en 1634, y se refiere a la peripecia de tres frailes mercedarios españoles que viajaban frente a la costa de Cerdeña. Me van a permitir que lo cuente, porque no tiene desperdicio.

El barco era pequeño y franchute, llevaba rumbo a Villafranca de Niza, y a bordo, además de los tres frailes españoles —Miguel de Ramasa, Andrés Coria y Eufemio Melis—, iban el patrón, cuatro marineros y cinco pasajeros. A pocas millas de la costa se les echó encima un bergantín turco —en aquel tiempo se llamaba así a todo corsario musulmán, berberiscos incluidos— haciendo señales de que amainasen vela. El patrón se dispuso a obedecer, argumentando que, siendo francés el barco, podrían negociar con los corsarios y seguir viaje a salvo. Pero los tres frailes, súbditos del rey de España, no veían las cosas con tanto optimismo. Ustedes se escapan de rositas, protestaron, pero nosotros vamos a pagar el pato,

Por religiosos y por españoles, pasaremos el resto de nuestras vidas apaleando sardinas al remo de una galera, o cautivos en Argel o Turquía. Así que, de perdidos al río, resolvieron cenar con Cristo antes que en Constantinopla. Que el diálogo de civilizaciones, apuntaron, lo dialogue la madre que los parió. De manera que se remangaron las sotanas, se armaron como pudieron con cuatro chuzos, tres escopetas y tres espadas sin guarnición que había a bordo, y amotinándose contra los tripulantes del barco, los metieron con los cinco pasajeros encerrados bajo cubierta. Después pusieron trapos en torno

que en la cubierta de la presa no hay más que tres frailes arrodillados y dándose golpes de pecho. Y en ésas, cuando los dos barcos están abarloados y los turcos se disponen a saltar al abordaje, los tres frailes —los supongo jóvenes, o cuajados y correosos, duros, muy de su tiempo— se levantan, largan una escopetada a quemarropa que pone a tres malos mirando a Triana, y luego, gritando como locos Santiago y cierra España, Jesucristo y María Santísima, o sea, llamando en su auxilio al santoral completo y al copón de Bullas, tras abrazar las almohadas como rodelas, se meten en la nave corsaria a mandoble limpio, acuchillando como fieras, dejando a los turcos con la boca abierta, perdón, oiga, vamos a ver, aquí hay un error, los que teníamos que abordar éramos nosotros. Con la cara del Coyote tras caerle encima la caja de caudales que tenía preparada para aplastar al Correcaminos. Y así, en ese plan, dejando

Que el diálogo de civilizaciones, apuntaron, lo dialogue la madre que los parió

a las espigas de las espadas para que sirvieran de empuñaduras, y se hicieron una especie de rodela amarrada al brazo izquierdo con almohadas y cuerdas. Luego se arrodillaron en cubierta y rezaron cuanto sabían. Salve, regina, mater misericordiae. Etcétera.

Ahora, háganme el favor y consideren despacio la escena, que tiene su puntito. Imaginen ese bergantín corsario de doce bancos que se acerca por barlovento. Imaginen a esos feroces turcos, o berberiscos, o lo que fueran —veintisiete, según detalla la relación—, amontonados en la proa y en la regala, blandiendo alfanjes y relamiéndose con la perspectiva, en plan tripulación del capitán Garfio. Imaginen la sonora rechifla del personal cuando se percata de

la mansedumbre cristiana para días más adecuados, los frailes escabechan en tres minutos a doce malos, que se dice pronto, y otros cinco se tiran al agua, chof, chof, chof, chof, chof, y el resto, con varios heridos, pide cuartel y se rinde después de que fray Miguel Ramasa le atravesase el pecho con un chuzo al arráez corsario, «*juntándose los dos tanto, que le alcanzó el turco a morder en una mano, y acudiendo fray Andrés Coria le acabó de matar*». Con dos cojones.

Ocurrió el 21 de octubre de 1634, día de santa Úrsula y de las Once Mil —una más, una menos— Vírgenes. Y qué quieren que les diga. Me encantan esos tres frailes. ■

www.xlsemanal.com/perezreverte